

Lectura del primer capítulo:

EL CÍRCULO ÁMBAR Y LAS CARAS DE BÉLMEZ

Tal vez encuentres aquí lo que buscas

Marius observaba en silencio cómo un riachuelo de color ocre bajaba por el estrecho canal. Sentado sobre una piedra plana, se preguntaba si sería cierta la creencia popular que atribuía a aquellas aguas propiedades milagrosas.

A su lado, Nico se había inclinado a recoger con las manos parte del líquido, que brotaba de la fuente subterránea conocida como el Manantial del Cáliz. Recibía aquel nombre por José de Arimatea, tío de la Virgen María, que según la tradición habría enterrado en aquel lugar el cáliz con la sangre de Jesús. Mantuvo el agua unos segundos en las manos y luego dejó que se escurriera entre sus dedos para volver a la tierra. Finalmente sentenció:

–Me niego a creer que esta agua tenga propiedades fabulosas.

Senda, que se había tendido sobre una losa a un par de metros de sus amigos, respondió con un gruñido. No le gustaba que Nico pusiera en duda los lugares mágicos de Glastonbury.

–El color rojizo revela que el agua arrastra óxido de hierro –prosiguió él mientras hincaba la barbilla en los nudillos–. Puede que eso le proporcione algunas cualidades curativas, como en las termas de Bath.

–¡Qué horror! –intervino Marius– Recuerdo que mis padres me llevaron un fin de semana a probar las aguas... ¡y olían a huevo podrido!

–Sois un par de zoquetes –protestó Senda mientras seguía con la mirada una esponjosa nube–. Creo que ha sido un error por mi parte venir aquí este domingo con vosotros. Con vuestros comentarios estáis arruinando la magia del jardín.

–No te enfades, princesa –repuso Nico, conciliador–. Como investigadores de lo paranormal, nuestra obligación es poner en duda todas las creencias irracionales, también las relativas al Manantial del Cáliz, por muy milenario que sea.

–Esa es la misión del Círculo Ambar –confirmó ella–, pero antes de poner en duda algo, hay que conocerlo, ¿no te parece?

–¿Estás insinuando que no sé nada de este jardín? ¡He vivido toda mi vida en Glastonbury!

–Demuéstrame entonces.

Nico puso expresión de alumno aplicado antes de empezar:

–Bueno, según la mitología cristiana, el color rojizo de estas aguas se debe al cáliz que está oculto ahí abajo: el Santo Grial. La sangre recogida en la crucifixión por José de Arimatea tiñe eternamente el manantial subterráneo. Lógicamente, quien elaboró esta teoría desconocía el óxido de hierro...

–Sigue –le retó Senda–. Has mencionado el Grial y la llegada del cristianismo a Inglaterra, en el siglo I. Pero este manantial era conocido mucho antes, y ya era considerado un lugar especial.

–Veamos... Creo haber leído que las tribus prehistóricas ya acudían a este lugar para proveerse de agua del pozo. Puesto que en todas las culturas el agua tiene un carácter sagrado, es fácil suponer que se hacían rituales y cosas así.

Senda se incorporó con el rostro tostado por el sol primaveral. Por primera vez aquella tarde parecía de buen humor. Desde que se había enamorado de un chico mayor sin ser correspondida, se había vuelto melancólica y distante. Ya no parecía disfrutar de la compañía de Nico y Marius, con los que había fundado el verano anterior el Círculo Ámbar.

–Y aún se llevan a cabo estos rituales –dijo ella muy segura–. ¿Sabías que este manantial simboliza la divinidad femenina?

Nico sumergió nuevamente la mano en el caudal de agua antes de responder:

–¿Quién te ha dicho eso? ¿Los hippies que vienen a Glastonbury a abrazarse a los árboles y cosas así?

–Es cierto lo que dice Senda –intervino Marius–. Recuerdo que el año pasado se celebró aquí un festival con un montón de mujeres bailando desnudas en el jardín. ¡Fue alucinante!

–¿Tú las viste? –preguntó Nico abandonando temporalmente su rol de chico racional.

–Vi un par de mujeres desde la entrada. Tendrían unos veinte y pocos años.

–¿Y qué hiciste? –le preguntó Senda, maliciosa–. ¿Les pediste si podías unirte a la fiesta?

–No, la verdad es que salí corriendo –respondió enrojeciendo súbitamente–. Nunca había visto una mujer desnuda... de cerca, quiero decir.

Aunque tenía la misma experiencia con las chicas que Marius –o sea, ninguna–, Nico agitó la cabeza como si dijera: «Este chico no tiene remedio».

–Voy a tener que explicaros por qué este jardín encarna el eterno femenino –dijo Senda–, pues veo que estáis muy verdes todavía. La deidad masculina está representada por el Tor, ¿lo entendéis?

Marius y Nico visualizaron la colina de Glastonbury coronada por el campanario de una iglesia semienterrada. Tras captar lo que quería decir su amiga, se miraron sorprendidos. Nunca se les hubiera ocurrido que pudiera tener ese significado.

–¿Quieres decir que ese campanario se parece a...? –balbució Marius.

–Eso mismo, el símbolo masculino por excelencia –explicó Senda conteniendo la risa–. Y el símbolo de la fertilidad femenina está aquí, en el Manantial del Cáliz.

–¡El pozo! –saltó Nico en referencia al lugar donde se creía que José de Arimatea había ocultado el cáliz.

Era el lugar más visitado de aquel jardín. De hecho, siempre había velas encendidas alrededor de aquella obertura hacia las aguas subterráneas.

–Entonces –concluyó Marius–, quieres decir que el campanario y el pozo simbolizan en realidad...

Senda lanzó una mirada pícara a sus amigos, a los que le encantaba tomar el pelo, y exclamó:

–¡Todos los chicos pensáis en lo mismo!

Antes de abandonar el Jardín del Cáliz, se detuvieron ante un ángel de piedra oculto entre los matorrales. Estaba iluminado por dos velas dentro de vasitos de cristal. La figurita resplandecía temblorosa en la luz cenital de la tarde.

Delante del ángel había una losa de piedra con la inscripción:

«Tal vez encuentres aquí lo que buscas»

Senda se agachó delante del ángel abriendo mucho los ojos.

–Para encontrar algo, primero hay que saber qué se busca –susurró Nico a Marius, que se encogió de hombros como toda respuesta–. ¿Y tú, Senda? ¿Sabes lo que buscas?

La componente femenina del Círculo Ámbar suspiró, mientras se peinaba la media melena con la mano, antes de responder:

–Busco un poco de misterio y aventura. Desde que volvimos de Stonehenge que nuestra vida es un aburrimiento.

–Ciertamente –repuso Nico–, desde entonces no hemos recibido...

Un doble pitido en su móvil hizo que enmudeciera. Había entrado un nuevo mensaje. Sorprendido, pulsó el botón para abrirlo y exclamó un «¡Oh!» contenido.

–No doy crédito a lo que veo: ¡un aviso ámbar!

Desde hacía un par de meses, Nico había instalado en la web del Círculo Ámbar un sistema para que al entrar un nuevo mensaje le mandara un aviso al teléfono móvil. Sin embargo, desde entonces no habían recibido noticias... hasta ese justo momento.

–Parece que el ángel ha escuchado el deseo de Senda –comentó Marius admirado.

–¡Para que luego digáis que este jardín no tiene magia! –dijo ella.

Nico volvió a guardar su móvil en el bolsillo y propuso muy serio:

–Vayamos a mi casa a ver de qué se trata.